

CRONICA DE ARTE

LA III BIENAL AMERICANA DE ARTE

Por

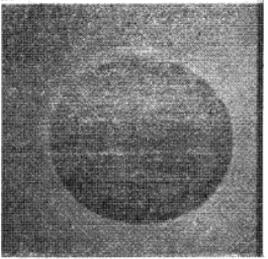
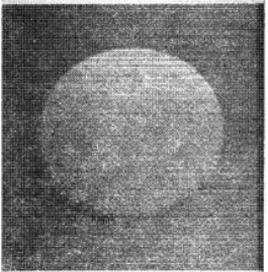
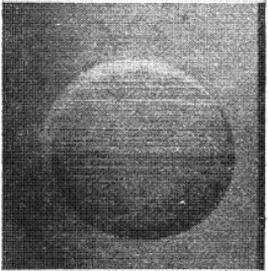
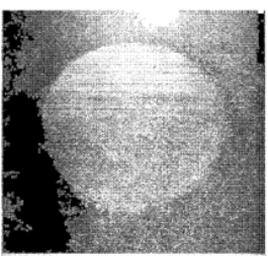
EDUARDO RAÚL STORNI

La III Bienal Americana de Arte, inaugurada el 14 de octubre en la ciudad de Córdoba significó, indudablemente, un acontecimiento de indiscutible trascendencia artística continental.

Doce países, representados a través de 68 expositores, ofrecieron en este certamen un panorama de la pintura actual en latinoamérica. Y es evidente que el esfuerzo de los organizadores, Industrias Kaiser Argentina, es digno de señalarse como loable propósito tendiente a dar mayor contenido social a la empresa, otorgando a la misma una proyección capaz de crear posibilidades culturales.

En general, la III Bienal Americana de Arte reunió un conjunto de obras que nos dice de un quehacer urgido por una voluntad de ser actual, de vivir el arte como expresión auténtica de un estar en el mundo en un momento que se siente intensamente. Y es indudable que este sentido de vigencia contemporánea universaliza el lenguaje del pintor, el que por sobre las peculiaridades indicadoras de una tradición que hiende sus raíces en el contorno étnico y socio-económico de cada país, busca manifestar un acento que lo identifique con el ideal estético en una misma voluntad por desentrañar lo oculto, indagar lo invisible, volver real lo irreal, traspasar lo meramente tangible y crear una forma nueva que surja como concreción de una verdad sentida sin limitaciones serviles.

Quizás se podría objetar la validez de uno u otro envío y la no



Carlos Cruz Diez
Gran Premio

Lámina 1

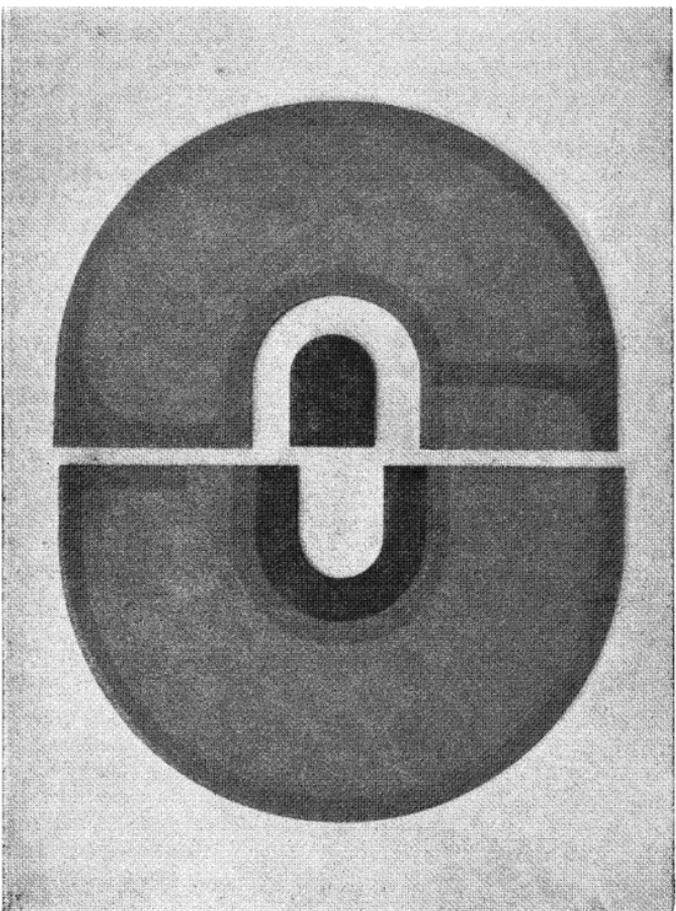
La III Bienal Americana de Arte

siempre acertada selección de los artistas representados, como en el caso particular de nuestro país, pero es evidente que la III Bienal, con los desniveles propios de todo certamen de esta índole, se vio valorizada por la presencia de pintores que se manifiestan poseedores de una rica y madurada capacidad creadora, índice muy claro de que en América se trabaja y se estudia con honda preocupación por articular un arte que no solamente muestre el dominio más o menos logrado de una técnica, sino que sea, por sobre todo, expresión de un mensaje capaz de trascender verdades que el artista busca plasmar, instado por una necesidad imperiosa de comunicación en un mundo vertiginosamente cambiante.

Es claro que esta urgencia es proclive a la improvisación, lo que ocasiona a menudo una falta de responsabilidad. El arte se vuelve a veces de tal manera juego intrascendente. Y se arremete no contra la forma —simple resultado de un proceso dinámico—, sino contra la esencia misma del hecho artístico. Y junto a los que crean, aparecen los que destruyen tan sólo, ocultando con una forzada actitud lúdica la angustia de sus propias impotencias creadoras.

Para Mondrian el arte debía estar siempre basado en el equilibrio. Pero el equilibrio no sólo ha de ser exterior, formal, sino también conceptual. Equilibrio, por otra parte, no supone subordinación a pre-conceptos cerrados. Es elemento vital que hace posible el descubrimiento, cuando no la invención, de una verdadera belleza, que no radica en las cosas en sí, sino en lo que estas cosas son capaces de provocar por sí mismas.

Desde que el impresionismo se propuso liberar a la pintura del rigor organizado y la obra dejó de ser experiencia emotiva para tender a ser búsqueda vehemente de nuevos valores expresivos, el arte ha tratado de consustanciarse con un mundo en constante transformación. Y por el camino del cubismo, de la abstracción, del surrealismo, etc., primeramente, y a través de la nueva figuración, del pop-art, el op-art, etc., luego, ha ido indagando frente a la vida, al objeto y a



Óscar Paternosto
Primer Premio

Lámina 2

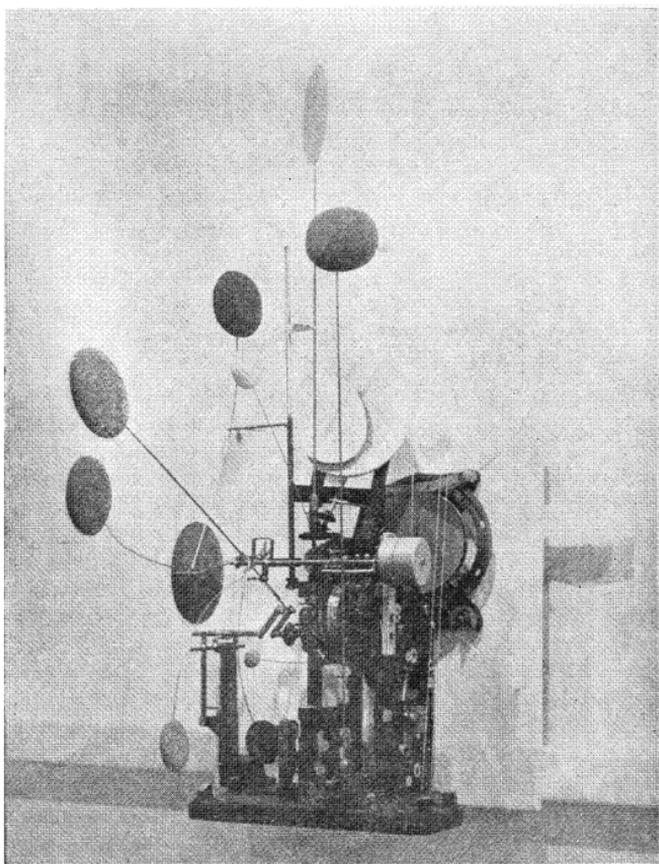
La III Bienal Americana de Arte

los elementos plásticos, descubriendo posibilidades y abriendo interrogantes acuciosos.

Para el artista actual, inmerso en un mundo abierto al espacio, forma y color actúan entonces en función de movimiento, generando una pintura en la que el contemplador no es ya parte pasiva, sino participante activo en la realización del proceso plástico. La expresión artística se torna de tal forma arte de participación, no ya por la vinculación directa del observador a través del motivo o el simple goce estético provocado por los elementos visuales, sino porque le permite a éste contribuir en la estructuración total de la obra en un tiempo y espacio determinados. Movimiento y vibración, ritmo y color se conjugan entonces, de esta manera, por medio del acto concreto de la visión del contemplador. Y la obra se vuelve viva, activa.

En la III Bienal tuvo cabida ampliamente esta inquietud actual. Y resultó así muy ilustrativa como confrontación de los diversos matices y de los distintos enfoques personales de los artistas americanos. Claro está que el triunfo se lo llevó el arte cinético, cuyos resultados plásticos obtenidos mediante variados efectos ópticos, se dan como concreción de una búsqueda por otorgar al movimiento, a las formas cambiantes, un ritmo vibrante pero de rigurosa estructuración dentro del espacio-tiempo en que ella se inscribe. Tales las obras del venezolano Carlos Cruz Diez, merecedor del Gran Premio con una de sus *Phisicromías* (lámina 1), en la que a través de cinco paneles surgen conjugaciones cromáticas logradas mediante un juego móvil que el contemplador provoca con su leve movimiento de traslación. Forma-color aparecen aquí unidos a una imagen inestable que obliga a una penetración óptica plena de posibilidades plásticas.

El argentino César Paternosto resultó el ganador del Primer Premio. Es la de este artista una concepción constructiva (lámina 2), serena en su proyección estructural y animada por un propósito de otorgar al color equilibrada funcionalidad dentro de la composición geométrica y espacial.



Abraham Palatnik
Tercer Premio

Lámina 3

La III Bienal Americana de Arte

Otro argentino, Ernesto Deira, logró el Segundo Premio. Las obras presentadas, de gran tamaño, revelan una imagen desarticulada a través de una estructura pictórica que llega a vivir en la medida que se logre ahondar en la mecánica compositiva signada por el artista.

El Tercer Premio fue acordado al brasileño Abraham Palatnik por una concepción cinética en la que el mecanismo se desplaza con rigor rítmico, pero que no llega a trascender del mero orden de un planteamiento cercano al simple diseño (lámina 3).

En la obra del chileno Rodolfo Opazo —Cuarto Premio—, hay en cambio una sensible búsqueda de imágenes puras que surgen con neta limpidez en un intento por aprehender formas llenas de acuciante subjetividad. Y la quinta recompensa correspondió a su vez al argentino Eric Ray King, cuyas construcciones *pop* no logran plenamente conjugar la expresión objetiva con la agudeza de la intención.

El premio especial para artista argentino lo obtuvo Jorge de la Vega y el instituido por el Ministerio de Relaciones Exteriores fue acordado a Marcelo Bonevardi, cuyas conjunciones de formas plásticas y arquitectónicas logran crear un lenguaje que enraiza sutilmente con la vertiente telúrica americana.

Se otorgaron, además, otros premios que correspondieron al argentino Antonio Seguí, al venezolano Gerd Leufert, al nicaragüense Armando Morales, a los mexicanos Pedro Friedeberg y A. Falfan Vivanco, autor este último de inquietantes imágenes subjetivas, a los chilenos Federico Assler y Helga Krebs, al colombiano Bernardo Salcedo, creador de unas sorprendentes cajas promotoras de elementos originales que se iluminan y expanden hacia un mundo pleno de misteriosas sugerencias, al paraguayo Enrique Careaga y al brasileño Joao Câmara Filho, nuevo figurativo cargado de intenciones.

Como en todo certamen de arte y más aún en éste, que recoge la inquietud plástica de tantos países, la distribución de las recompensas establecidas no suponen la fortuita valoración de las obras distingui-

das. Pudo, en esta ocasión haber aciertos y errores, mas lo afirmativo no es por cierto la validez de los premios, sino el saldo artístico que queda de la competición. Y creemos que en el caso de la III Bienal Americana de Arte el saldo puede considerarse positivo en cuanto ha logrado un contacto y una comunicación que son necesarios mantener e intensificar en nuestra ancha y larga América.

Además de los expositores mencionados, podemos señalar otros cuyos envíos indican la posesión de una plena capacidad laborativa dentro de una definida conciencia pictórica. Entre ellos, el argentino Juan Carlos Distéfano con sus formas avasallantes cargadas de abismales resonancias; el brasileño Flavio Shiro, de vibrantes ritmos cromáticos; el venezolano Mario Abreu con su mundo de mágica significación; el paraguayo Ricardo Yustman, cuyos signos plásticos nos hablan de una escondida esencia de lo guaraní; el peruano Gerardo Chaves con sus expresiones neo figurativas y el uruguayo Luis Solari con una rica y expresiva imaginación.

Como invitado de honor concurrió el venezolano Jesús Soto, ganador del Gran Premio en la II Bienal, quien presentó nueve obras reveladoras de su preocupación por modular un lenguaje puro, hecho de vibraciones colorísticas logradas mediante un rigor móvil que provoca sorpresivas combinaciones visuales-dinámicas, dentro de una concepción de la forma plástica que le sirve como medio para la formulación de sus propias vivencias.